

## **EL PODER DEL FOGÓN (Holz/ Kohle-Herd) / “el sobrado” = Restessen**

Algo que pude observar en mi niñez es el poder que concedía la comida a la persona de la cocina, especialmente en las casas de los pobres. Pero también ya comenté, en otro cuento, el poder de las cocineras indígenas Arnolda y Fabiolita en la hacienda Correa, los primos de mi madre. Algo parecido podía observar en casa de nuestro mayordomo, Don Enrique Quiroz. Doña Flor, su esposa, adquiría una grandeza en el momento de servir las comidas, en la que yo adivinaba incluso una cierta humildad y dependencia por parte de su marido; debilidad que solo duraba hasta el momento en que él se sentaba a la mesa a esperar la comida. Era el intervalo de tiempo en que se invertían los papeles. Y todo ese proceso del comer era muy interesante para mí en esa casa porque practicaban rituales que yo no entendía, como el del “sobradito”. Don Enrique, por ejemplo dejaba en su plato pequeñísimas porciones de todo aquello que él había consumido: Media cucharada de frijoles, unos cuantos granos de arroz, una tirita de carne y un pedacito de plátano maduro frito, volumen que cabría en una cuchara colmada. Y todo en el centro del plato sucio pero muy ordenadito en una montañita. Generalmente el hijo menor era quien recibía el presente diario. O Doña Flor dejaba su sobradito a Aicardo, el menor y Don Enrique, a Luz Elena, la hija menor. Y Todo el tiempo Luz Elena, como de 3 ó 4 años, esperaba muy muy seria a unos metros de distancia de la mesa, sin pedir, sola allí, acérrima, como defendiendo del montón de hermanitos envidiosos un derecho en peligro: Recibir el sobradito del papá. Para mí, algo inexplicable en aquel entonces, comer de un plato sucio con la misma cuchara de un hombre adulto, con su cara llena de pelos alrededor de la boca y, sobretodo, sin tener hambre. Porque no era una cuestión de falta de comida; había suficiente en las ollas para repetir cuanto quisieran. En ese ir y venir de platos con sobrados, pues la hija mayor podía practicar lo mismo con uno de sus hermanos menores predilecto, se manifestaba amor, una ternura que me faltaba a mí. Quizá por eso, inconscientemente, observaba perplejo esas “caricias” tácitas...